

# PERIÓDICO ANUAL

# EL BAZAR MURCIANO

*El Bazar Murciano*

11455  
8598  
91597  
175571

007891

45  
1122  
5625  
1122  
6750

6750  
6750  
12500

80  
00  
80  
30  
125  
275,50

6750  
2750  
72500

*Handwritten signature or scribble*

*Handwritten scribble*

*[Faint handwritten text]*

*[Handwritten initials]*

n  
r  
A  
S  
a  
a  
r  
  
b  
T  
t  
s  
v  
n  
c  
r  
c  
j  
c  
f  
E  
r  
I  
I  
  
S  
C  
  
C  
E  
r  
s  
t  
s  
  
v  
r  
c  
r  
t  
c

# EL BAZAR MURCIANO

ECO DEL ESTABLECIMIENTO DE SU NOMBRE

DIRECTOR, RICARDO BLAZQUEZ.

SE PUBLICA TODAS LAS FÉRIAS



## DOS PALABRAS

Es deber mio saludar afectuosamente en primer lugar á todos los murcianos y forasteros que me favorecen visitando en la feria mi *Bazar Murciano*; y después he de dar las gracias públicamente á los buenos amigos que ponen en este periódico anual los frutos sabrosos de su ingenio.

No lo voy á decir por darme bombo; lo voy á decir porque es verdad. Tengo en mi *Bazar Murciano* el surtido más completo que puede presentarse en juguetería. Cuantas novedades he visto en los grandes almacenes nacionales y extranjeros, otras tantas he adquirido, sin reparar en gastos, cerrando los ojos, diciendo: «Venga de lo bueno, lo mejor» y Dios dirá. Niñas y niños encontrarán en mi casa el juguete soñado, á la medida de su deseo; y los padres, en proporción de lo que quieran gastar. Porque esta es otra: he procurado traer lo que plazca, de modo que tampoco sea gravoso.

Aparte del ramo de juguetes, tengo infinidad de novedades para otra clase de regalos.

¡Bien pueden venir aquí los que quieran congraciarse, ó hacerse simpáticos, ó hacerse de querer de alguna persona. En esto llego hasta la seducción, hasta la fascinación, hasta el hipnotismo bien entendido, y siempre que se vaya con buen fin!

Para las personas formales, graves y serias que tienen la buena costumbre de feriar á sí mismas, tengo cosas exquisitas, refinamientos de lo más confortable y toda clase de perrechos higiénicos. Y no insisto sobre este particular.

La feria son quince días y la vida es corta. Ocasión como esta es difícil que se presente en la vida de los pueblos.

Venid á mí los que tengais que feriar ó que feriaros, que yo os complaceré.

Dos puertas tiene mi casa: el que entra por la de la plaza de Joufré, in saber cómo, sale contento por la de la calle de la Platería, sin saber por qué.

En mi *Bazar Murciano*, tienen todos los artículos un comun denominador. A todo lo que hay le llamo yo *canela fina*. Véase la clase.

Ricardo Blazquez.

## ¡SIEMPRE BLAZQUEZ!

(Imitación de Vital Aza)

De cuantas tiendas quitan el sueño, la más surtida, la demás fama, es la que á Blazquez tiene por dueño: BAZAR MURCIANO, que así se llama.

Allí hay de todo lo más notable, allí la moda su trono tiene; y, por dar gusto, su dueño amable pierde dinero si á mano viene.

Vaya usted al punto, señor don Cleto, casa de Blazquez sin más quimera. Allí no falta ningun objeto, allí hay de todo lo que usted quiera.

¡Qué porta-plumas!  
¡Qué musiqueros!  
¡Qué cigarreras!  
¡Qué acordeones!  
Y, sobre todo, ¡qué costureros, y qué vajillas y qué bastones!

Déjese al punto, don Cleto amado, de andar con líos, de andar con citas; y, si estar solo no es de su agrado, hágale á Blazquez muchas visitas.

¡Qué de lavabos!  
¡Qué de aristonas!  
¡Qué de carteras!  
¡Qué de sombrillas!  
Y, sobre todo, ¡qué de bastones, de costureros y de vajillas!

Visite á Blazquez sin mas demora, yendo provisto de algun billete; y á sus pequeños y á su señora compre el regalo que mas les pete.

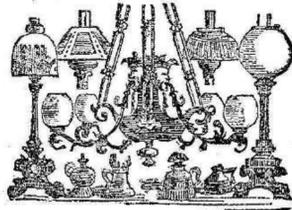
¡Cuántos perfumes!  
¡Cuántas hebillas!  
¡Cuántas petacas!  
¡Cuántos plumeros!  
Y, sobre todo, ¡cuántas vajillas!  
¡Cuántos bastones y costureros!

No hay tienda alguna como esa tienda, como el de Blazquez Bazar no se halla. Lo que él no vende no hay quien lo venda,

lo que él no talle nadie lo talla.

Y lo atestiguan sus tarjeteros, sus candelabros, sus cinturones, y, sobre todo, sus costureros, y sus vajillas y sus bastones.

Carlos Cano.



## En vísperas de boda

—¡Ay! Juanita mía! que poco nos falta ya para ser felices!

—Si, Manolo, si, solo faltan cuatro días.

—¿Cómo cuatro días? No, hija, no; tres días y diez y nueve horas. ¡Cómo se conoce que no cuentas los minutos!

—De modo, que dentro de tres días y diez y nueve horas, tú serás mi marido y yo tu mujercita. ¡Qué gusto, Manolo, que gusto! ¿Sabes que esto de casarse es una cosa muy buena? Lástima es que no pueda una casarse, por lo menos, todos los años.

—Mira, Juanita, no digas tonterías.

—¡Como le hacen á una tanta ropa, como la miman y agasajan tanto, y la llenan la casa de objetos bonitos...!

—Si, le llenan la casa de floreros de cristal. No parece sino que no venden otra cosa en el «Bazar Murciano».

—Es verdad, yo no sé donde vamos á poner tanto florero y tanta cosa inútil.

—Por eso, Juanita mía, he tomado mis precauciones. He visto á Ricardo Blazquez y le he dicho: Oiga V., Ricardo, cuando venga alguno á comprar un regalo para mí, por Dios, no le enseñe V. ni floreros, ni figuritas de *mayolica*, ni ninguna de esas chucherías que no sirven para nada. Dígame V. que me hace falta una lámpara de comedor ó de gabinete. Les enseña V. estos quinqués de *alta* novedad, estos jugueteros niquelados que son de tan buen gusto; estas figuras de bronce, que donde se pongan están perfectamente; en fin, entre la multitud de relojes, de centro de mesa, y de objetos bonitos que ha recibido últimamente, que escojan lo que quieran; pero basta ya de floreros de cristal.

—¡Ah! ¿Con qué le has dicho eso? ¡Qué atrevido eres, Manolo, que atrevido eres!

—Yo tengo mucha confianza con Ricardo, como los dos cojeamos del mismo pié, y como él no es chato

ni yo tampoco, nos hemos entendido perfectamente. Además que tampoco he inventado el procedimiento. No he hecho mas que copiar lo que han hecho otros muchos. Tengo pruebas de ello.

—Siendo así, me conformo.

—¡Ah! Aquí traigo el suelto que he de mandar á Tornel para que dé cuenta de nuestra boda en su *DIARIO*.

—A ver, á ver.

—Anoche contrajeron los indisolubles lazos del matrimonio la bella y distinguida señorita...

—¡Nada mas que bella y distinguida...! Eso se lo ponen á cualquiera y yo no soy una cualquiera.

—¿Qué quieres que diga más?

—Oye. Anoche contrajeron los indisolubles lazos del matrimonio, la encantadora, elegante, simpática y envidiable señorita D.<sup>a</sup> Juanita Tontona, que tanto brilla en la buena sociedad, con el joven etc. etc.

—Es decir que tú te despachas á tu gusto y á mi con llamarme joven te parece que tengo lo bastante.

—Bueno, pues á eso le agregas lo que quieras, pero á mí no me quites ni una letra de lo que te he dicho. Y si además pudiera introducirse algo de ojos de cielo, dientes de perlas, y algo de lucero, y algo de luna y algo de sol, y de resplandeciente, de ideal, de vaporosa, de mágica y de nítida...

—Vamos, si, esos motes que les ponen á las muchachas los revisteros cursis.

—Pues eso me gustaria. Y ya te he dicho que una no es una cualquiera.

—Si. Verbi gracia:

para algo se ha hecho la diplomacia.

Bien, convidaremos á nuestra boda á uno de esos revisteros para que nos tomen el pelo.

—Eso está muy bien pensado.

—Vaya, vuelvo al «Bazar Murciano», para recordarle á Ricardo que no venda más floreros de cristal hasta que nos hayamos casado.

—Si, hijo, si. Encárgale que nos regalen una buena caja de esencias.

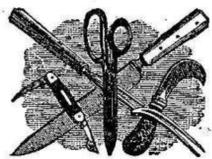
—O un elegante neceser de caballero.

—O de señora que es lo mismo.

—No es lo mismo.

Este diálogo está copiado del natural por

V. Guirao.



## LO MEJOR DE LO MEJOR

Afirma un grave doctor, hombre en ciencias muy profundo, que en belleza y esplendor es España lo mejor de cuanto existe en el mundo.

Y añade, como contera de esa verdad nada extraña, que, si en la terrestre esfera

nuestra patria es la primera, Murcia es lo mejor de España.

Yo, con un derecho igual, aunque tachen de osadía mi aseveración formal, diré que es la Platería de Murcia lo principal.

Y en la selección siguiendo con método darwiniano, de esa calle, á lo que entiendo, lo más alto y estupendo es el gran BAZAR MURCIANO.

De modo, que si en rigor nadie el razonar resiste la lógica del doctor, es el BAZAR lo mejor de cuanto en el mundo existe.

¿Queréis pruebas? Más de ciento y más de mil se os ofrecen: allí todo es opulento, las cimbras del aposento como soles resplandecen.

Brillan lámparas de oro; derrámase por la estancia de perfumes un tesoro; y hay artículos del moro, de Prusia, Inglaterra y Francia.

En artístico montón que causa cierto embeleso, véanse objetos del Japon, Bruselas, Roma y Lyon cual límites del progreso.

No alcanza la ansiosa mente un más allá de adelanto: es todo tan excelente, que al contemplarlo, se siente llenarse el alma de encanto.

¿Qué tiene, pues, de extrañeza que por la provincia toda la fama de tal grandeza pregone á voces la alteza de ese gran centro de moda?

No hay gusto que allí cumplido no pueda verse al instante: tan rico y vario surtido hace perder el sentido al que se pone delante.

Mamás, niñas, caballeros, artesanos, modistillas, huertanas y forasteros, dan contentos sus dineros por las cosas más sencillas.

Y vuelven entusiasmados, haciendo rodar pesetas cada vez más admirados, y salen de allí cargados sin dolor en las gavetas.

¡Oh! Por mucho que ensalzar quiera, en justicia, ese centro, nada consigo expresar, que ante el inmenso BAZAR turbado y débil me encuentro.

Y aunque exista quien se asombre, afirmaré humildemente que él dice más con su nombre que cuanto hablar puede el hombre más osado y elocuente.

En fin, que no imito en vano al sabio aquel tan profundo, cuando digo muy ufano que es el gran BAZAR MURCIANO lo mejor que hay en el mundo.

A. Blanco y García.

## A la ligera

Hoy levanto el campo de «La Tarde» y me voy en cuerpo y alma al Bazar Murciano.

Algo he de hacer por el amigo Ricardo.

Por un compañero anual.

Y para hacer mejor estas líneas me traslado con armas y vagajes detrás de su mostrador.

El dueño del establecimiento me dá un magnífico lapiz de cartera y unos cuantos pliegos de papel inglés superior.

Y me dispongo á tomar apuntes.

La tienda está llena de gente.

El ir y venir de los dependientes me trastorna.

¡Dios mío que jaleo!

—Ricardo á ver si me saca V. eso

—dice una señora bastante guapa.

Y Ricardo vuelve al poco tiempo con un elegante estuche de finísimos jabones.



—Ricardo ¿vinieron las pipas?  
—D. Ricardo, que mi señorita me está esperando para freír las patatas.  
—Sr. Ricardo, quisiera una muñeca con juego de ojos y zapato bajo.  
—Ricardo, cobre usted.  
—¿Pero me despacha usted, don Ricardo?

—Deme usted otra petaca de más precio que sea barata.

—¿Qué le debo por el baston?

—Ricardo date prisa.

—¡Por Dios Ricardo!

Y Ricardo corre por el establecimiento con la agilidad de una ardilla, contestando con la sonrisa en los labios y las manos llenas de billetes de Banco.

¡Qué buena ocasión para estrecharle la diestra!

Pero no puede ser.

Ricardo está muy ocupado.

En este momento se presenta una señora con cuatro niños, de ambos sexos.

Dos de cada género.

—Mamá yo quiero un caballo, una escopeta, muchos soldados y una carretela con dos caballos.

Grita uno de los niños.

—Mamá, yo quiero una cocina y una muñeca con traje de baile—sigue una niña.

—Y yo—dice la otra—un juego de tocador, una caja de esencias y lo que V. quiera.

—Pues yo—vocifera el niño mayor—quiero una pelota muy gorda. La pobre señora está que no le llega la camisa al cuerpo.

Pero Ricardo que está en todo, comienza á sacar objetos, poniendo sobre el mostrador caballos, cocinas, soldados, muñecas, coches y pelotas.

—Esto para mí—chilla un niño.

—Para mí esto.

—Esta es la más gorda—sigue el mayorcito cogiendo una pelota como una sandía.



Y aquí ocurre lo más natural en estos casos.

El pequeñuelo la tira contra el suelo, salta el globo de cauchut con rapidez, choca contra una magnífica lámpara de cristal riquísimo y llueven sobre los compradores caprichosos prismas y demás adornos de la lámpara.

La estupefacción de la madre llega á su colmo.

Y se va á desmayar.

El niño llora como un energúmeno. Y sus hermanitos se esconden detrás de un velocipedo, todos atemorizados, pero sin soltar los juguetes.

En este sublime momento lanza Ricardo una sonora carcajada y con la galantería que le distingue dice á la señora:

—Eso no vale la pena; por quinientas pesetas más ó menos no se apura ningún Blazquez.

—¿Pero de veras, no me lleva usted nada por la lámpara?

—Nada señora, como si hubieran roto cuatro.

—Es V. muy amable.

—Gracias señora.

—No hay de qué.

(Esto último lo dicen con la música del «Duo de los paraguas».)

Y después de pagar los juguetes se marcha la señora loca de contenta diciendo á todo el mundo:

—Desengañense Vdes.; no hay establecimiento como *El Bazar Murciano*.

J. Arques.



## LA FERIA DE UNA MUÑECA

A UNA AMIGUITA

Ves? Tu madre hecha una harpía, debiendo ponerse hueca, supo que por tí venía á comprarte la muñeca que me pidió tu osadía.

Y es claro, ardiendo en enojos, tacha de atroces excesos tus inocentes antojos, comiéndote con los ojos, cuando hay que comerte á besos.

Te dije: la lengua ten, no se entere... ¡Que si quieres! Por hablar de más, se ven muy mal algunas mujeres y muchas niñas también.

No te importe que te riña, y te tire de una oreja mientras te viste y te alaña. Estoy por llamarle vieja, pues ya olvidó que fué niña.

Ya estás, pimpollo de rosa anda, bésale la mano, y ven á elegir dichosa la muñeca más hermosa que haya en el *Bazar Murciano*.

Gozo me da tu impaciencia y tu nerviosa inquietud. Tu loco afán, tu vehemencia son germen de una virtud que hoy arraiga en tu inocencia.

Tú no sabes, prenda mía, por qué instinto de tu ser anuncias en tu alegría la ternura y la poesía en germen de la mujer;

Por obra de qué cariño la niña en madre se trueca; y abriendo el casto corpiño, ve que en vez de una muñeca oprime á su seno á un niño:

Misterios que tu alma ignora, y tu corazón presiente cuando en la muñeca adora la visión encantadora de un vago sueño inocente.

Ya estamos en el Bazar. ¡Qué brillante colección! Oh! vas á experimentar el tormento singular de la duda en la elección.

Allá un sombrero te incita, aquí un traje de tisú. Mira aquella pastorcita. ¿Pues y esta otra, morenita y risueña como tú?

La desposada elegante, la jardinera gentil, la Pompadour arrogante, y la que ciñe el semblante con el cándido monjil.

Cuál quieres? La que hay detrás de una rubia como el oro. Claro! la que vale más. Pero al punto la tendrás, aunque costara un tesoro.

Ya es tuya. De gozo henchida llévala amante en tus brazos, como tu ilusión querida. ¡Cualquiera mejor la cuida! ¡Cualquiera rompe esos lazos!

Cualquier pintor, si inspirado no copia la obra de Dios, muestra en su lienzo el traslado

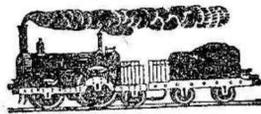
de un grupo tan delicado como el que formáis las dos:

Flores de encanto ideal que exhalan rica fragancia en pura unión celestial: la candidez de la infancia y el instinto maternal.

¡Y hay madres que los placeres con que hoy ese instinto engañas no comprenden!... ¡pobres seres que no aman, siendo mujeres, al hijo de sus entrañas!

¿Verdad que te dan horror? Pues son esas almas secas sin perfume y sin calor, que en sus años de candor no amaron á sus muñecas.

R. Sanchez Madrigal.



## MADRID

De nuestro Corresponsal.  
30 Agosto 1895.

Sr. D. Ricardo Blazquez  
MURCIA

Mi estimado amigo: Tengo una gran satisfacción, puesto que se presenta ocasión oportuna, en hacer público en la presente, de la que hará el uso que guste, para conocimiento de su clientela, que cuantas veces ha venido á hacer compras, no solo ha procurado llevarse la *dernier*, como dicen nuestros vecinos de allende el Pirineo, si nó, que ha sabido V. hermanar, con lo esquisito de la calidad la proporcionalidad del precio; siendo V. tan sagaz, amigo mio, que haciendo á los comisionistas extranjeros, sus compras en esta plaza, *ha pagado en pesetas*, evitando-se el quebranto del cambio, por beneficiar las mercancías en obsequio á sus compradores.

Dispense V., amigo mio, que ya que todos son aplausos y elogios dirija yo á V. esta censura, advirtiéndole, que si cuando venga por esta insiste V. en su procedimiento, lo denunciará nuevamente su antiguo amigo s. s. q. b. s. m.,

Eduardo Bermudez Gayá.

Pez 6, 2.º centro izquierda.

## UNA NOTICIA

Una noticia ¡oh albricial! que es de suma trascendencia, aunque «La Correspondencia» no la dá como noticia.

Noticia que doy de plano ó de corte, aunque es muy seria, y es que el alma de esta feria va á ser el BAZAR MURCIANO.

El que desee darse pisto y se quiera acreditar, comprando en este BAZAR adquiere fama de listo.

Si es estudiante y astuto escúchelo bien y entienda, que si compra en esta tienda le premiará el Instituto.

Tener novio no es oprobio; si alguna lo necesita que nos haga una visita y aquí encontrará un buen novio.

Porque este establecimiento tiene una virtud notable: el que con nosotros hable lo allana todo al momento.

Fijarlo en vuestra memoria: aquí hay de todo el lo humano y desde el BAZAR MURCIANO se va derecho á la Gloria.

Conque señores ¡albricial! que es noticia de incumbencia, aunque «La Correspondencia» no la dá como noticia,

E. de Vilches.



CAPRICHOS

Aunque me véis, lector, aquí metido, no soy un comerciante ni lo he sido; y no es decir con esto que no quiera que se me tome por algun hortera, porque nunca he creído que yo me deshonrara si lo fuera.

Es el «Bazar Murciano» un gran bazar, donde ir puedes si quieres á comprar caprichos á granel, pues todo cuanto anheles está en él. ¡Como que no hay bazar que se pueda al de Blazquez igualar!

Aunque alguno me tome por babieca, lo confieso y lo juro:— A un muñeco prefiero una muñeca, y á una muñeca un duro.

Entre muñeca y mujer nunca me deis á escojer pensando que dudaría; porque por mala que fuera, como ella no se opusiera á la mujer tomaría.

Que sea ó no cargante un señorito no me supone un pite; y el que alguna mujer sea ó no cauta no se me dá una flauta. Lo digo y lo repito; nada me importa á mi flauta ni pito.

Si Ricardo cerrara su bazar sería para Murcia un gran pesar, pues en otro jamás podrás, lector, comprar ni más barato ni mejor.

(EN COLABORACION)

—¿Dónde vás con manton de Manila?  
—¿Dónde vás con vestido chiné?  
—Al Bazar de mi amigo Ricardo, donde hay cosas de mucho valer.  
—¿Y si á mí no diera la gana de que fueras de compras á él?  
—Pues iría aunque usted no quisiera sin que cuenta le diera yo á usted.  
—¿Y si luego, mujer, resultara que pagarle tuviera yo á él?  
—Pues con darle lo que él le pidiera se acababa el asunto... y amén.

J. Tolosa Hernandez.



NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

Enrique y Maria eran muy felices. Habían nacido el uno para el otro. La luna de miel de su matrimonio, era prolongada.

Ni el más leve disgusto, habia empañado la alegría que reinaba en su cara.

Al año de su enlace, les envió Dios una hermosa niña, que vino á aumentar la satisfaccion del feliz matrimonio.

La fortuna estaba de su parte.

El angel del hogar, se criaba sana y robusta, desarrollándose rápidamente.

Llegó á esa edad, en que las chicas empiezan á demostrar sus juguetes favoritos y como todas, sentia predileccion por las muñecas.

Las tuvo de todas clases, pues el padre no sabia negar ningun capricho á su hija, que era bastante exigente.

Extrañaba sin embargo la niña, que ninguna de sus muñecas era del Bazar Murciano, que segun oia decir, era el que se llevaba la palma en ese artículo.

Lodijo así á su padre, pidiéndole le comprara una de allí, que ella misma elegiría.

Accedió el padre, yendo con su muger y su hija, casa de Blazquez.

Allí se turbó la paz del matrimonio.

Ante tan variada coleccion de muñecas, era difícil decidirse.

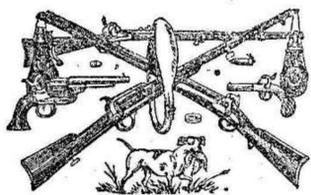
La niña, en tanto señalaba una rubia, de ojos lánguidos y automático movimiento (que le permitia llevarla de paseo, sin cansarse de tenerla en los brazos), como se fijaba en otra de expresiva mirada y largas pestañas. Ya se enamoraba de una vestida en traje de sociedad, ó ya queria otra caprichosamente disfrazada. Todas le gustaban, pues entre tantas no habia dos iguales. Las queria todas, porque ninguna era fea.

La madre queria complacerla y empezaba á apartarlas casi todas, á lo que se opuso el marido, porque su situacion no les permitia hacer de una vez, gasto tan crecido. Y no cabia regatear, los precios pedidos, eran ya reducidísimos.

Extrañó esta oposicion á la mujer, pues era la primera vez que entre ellos, habia diferente manera de pensar. Por esto empezó un disgusto, que continuó luego y despues hubo otros, por aquello de que «el comer y el rascar, todo és empezar».

Resultados: la niña sin muñeca, la tranquilidad del matrimonio alterada, la coleccion de muñecas del Bazar Murciano, acreditada por haber ocasionado una cuestion, que pronto se hizo pública y yo agradezco, porque con solo relatarla, he cumplido el compromiso que con mi amigo Ricardo tenia, de escribir algo para su periódico.

N. Clemencia Chapuli.



ANUNCIO

En Murcia, en la Plateria número sesenta y cuatro, hay un establecimiento que llaman «Bazar Murciano», en el que tengo entendido que vende un tal Don Ricardo á precios muy reducidos:

Cubiertos de metal blanco, vajillas de porcelana, paraguas, sombrillas, baños, pistolas, balas, cananas, cochecitos y caballos, paragueros, cestas, perchas, transparentes, álbums, marcos, boquillas, pipas, plumeros, gemelos para teatro, servicios de tocador, idem de mesa, rosarios, bujías, esponjas finas, libros y devocionarios, papel, tintas, plumas, sobres, jaulas para los canarios, petacas de las mejores, tarjeteros, calendarios, escopetas y revolvers, y otros mil objetos varios, que al verlos se vuelve loco de fijo cualquier humano. Calle de la Plateria, tienda, gran «Bazar Murciano».

Nunca pudo Don Benito, cazador de nombrada,

matar una sola pieza durante sesenta dias, hasta que pasó una vez por la tienda de Ricardo, vió una escopeta de caza que la examinó en la mano, y observando que era buena y que el precio no era caro, la compró, y segun afirma cada vez que hace un disparo, don Benito cobra pieza y elogia al «Bazar Murciano».

Eduardo Bermudez Vazquez.



A Mariapepa la Roja, partio de la Azacaya, junto al partior del Cherro, hacia Los Garres.—ESPAÑA.

Pepa; sabrás como al cabo alleguemos á la Bana, en un barco de la mar que nos trujo por el agua y nos hizo echar el ámago con los meneos que daba. Yo estuve más de ocho dias con ambustias y con ansias, y hasta el mesmo comendante pensé que ar fin espichaba, porque echó hasta las papillas, se le amorató la cara y hablaba dando berríos como una presona mala. Yo, la verdá, me pensé que allí en la mar me queaba ú á Nuestro Paere Jesús me gorbiban en la caja, pero á juerza de café, tila caliente y horchata y friegas de lechanis por la canal de la esparda que nus daba un cerujano con un cacho de toballa, juimos entrando en calor y ya estoy güeno, á Dios gracias.

Apenas pisamos tierra, coji el chopo... y á campaña, y á los dos dias echemos seis leguas de caminata, buscando á los felisteos y siguiéndoles la ráuta, hasta que los desfilsemos cogiéndoles por dezaga, y en menos que se ice arre ¡pum! ¡pum! les dimos la carga metiéndoles el resuello pa drento á juerza de balas. ¡Maere mía y qué tronío, qué trimulto y qué algazara! Los felisteos corriendo, nusotros marcha que marcha, hasta que al verse perdíos se quearon como estáutas y diciendo de ruillas: «No matarnos como ratas, que tamién semos presonas con máeres y con hermanas y con hijos pequeniquios que no tien culpa de náiquia».

Yo ya tuve uno espetao, pero me dió muncha lástima y de vello hacer pucheros me se retiró la rabia.

¡Ay! no sabes, Mariapepa, como el pecho me se esancha cuando macuerdo de tí, lucero de la Zacaya. Premita Dios que te vea lo más tarde pa la Pascua y que partiendo almendriquias en la puerta de tu casa te diga cosas de busto que no puénir en la carta.

El año pasao, macuerdo que el dia de la Juensanta te llevé al Bazar Murciano, en ca uno que le llaman

Ricardo Blazquez, que tiene una tienda de quincalla como no se ve nenguna drento ni juera de España, y que te merqué un collar más grande que el de las vacas, aunque en vez de campanillas era de cuentas muy blancas; y un aspetón de marfil y una peineta de nácar y unas arracás dorás con las que estabas muy maja; á más de unas sonajeras y dos ú tres pitos de agua pa osequiar á los zagales menús que hay en tu casa.

Ogaño ya no pué ser el que á feriate yo vaya, pero te mando un billete que he percanzao en la paga pa que tomes de mi cuenta sin decir media palabra tuiquio lo que te se antoje, mas que sea de oro ú plata, que pa eso me sobra arbullo y no me se encoje el arma.

Conque adiós. Dale memorias á tu maere, á Facó el Charpa, á Perete el Aristones, y pa rematar, abraza en mi nombre á tó el partío, es decir, á las zagalas, y tú sabes que te quiere sin farfullas y sin mácula y te llevará á la ilesia pasás estas cercustancias, el cabo de los sordaos Flugencio Puche Picaza.

Por la copia,

José Frutos Baena.



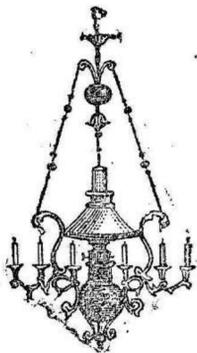
Carta abierta

San Javier, treinta de Agosto. Mi buen amigo Ricardo: hace veinte y siete dias que vine á este balneario, y estoy tan entretenido que me parecen un año; pues en esta, el que desea pasar agradable el rato, no le queda mas recurso que es hacer, «Al agua patos»; por eso desde que vine, como otra cosa no hago que desnudarme y vestirme; entrar y salir del baño, he roto un buen pantalon de ponémelo y quitármelo; y gracias que tengo un primo que me paga todo el gasto, con un caracter abierto de par en par y muy franco, que al no estar con él, seguro que me diera al mismo diablo. Los dos pasamos las horas entretenidos jugando, al caliche ó á las chapas, al toro, al boli, ó al marro. Pero apesar de todo esto, me aburro, Ricardo, tanto, que siento mas cada dia el no encontrarme á tu lado, oyéndote *faire l'article* y ver con que fino tacto, tratas al que una visita hace á tu «Bazar Murciano»; pues sonriendo, le dejas el bolsillo sin un cuarto. Verdad es, que en el Bazar hay mucho bueno y barato. Tienes petacas, bastones, gemelos para teatro, quevedos, gafas, sombrillas, paraguas, devocionarios, targeteros, fosforeras, papel, sobres, libros, baños para usos distintos, hules, faroles, fustas, rosarios, abanicos, neceseres, prensas, tintas, plumas, marcos para espejos, transparentes, boquillas, pipas, lavabos.

En juguetes para niños, hay un surtido *extra-vario*; y en loza y perfumería el que entra al «Bazar Murciano», al ver tantas existencias se queda tan extasiado, que si no compra un objeto no vuelve de su letargo. En fin, que tiene de todo, bueno, bonito y barato; y si alguno no creyese que lo que digo es exacto que compre sin dilación algo en el «Bazar Murciano», que es todo cuanto te puede desear, tu amigo,

PACO.

Por la lectura,  
M. de Hoyos y Masegosa.



## EL HORTERA

Lo mismo que se dice del poeta puede decirse del hortera: «nace pero no se hace».

Son tantas las condiciones especiales que debe tener, que al no salir ya con ellas del vientre materno, me parece difícil que puedan apropiarsele artificialmente.

No: la vocación irresistible que lleva al hombre desde chico á mostrar aficiones por una profesión ú oficio determinado, tiene que revelarse con la misma poderosa fuerza en el hortera.

Porque hay que entender que la misión del hortera en la tierra, es tan digna, tan noble y tan merecedora de consideración y respeto como la del doctor en cualquier ciencia, y la de toda clase de licenciados.

El hortera, es el comerciante en estado de canuto, crisálida de una mariposa que ha de libar el jugo de los descuentos y los tantos por cientos, para formar en su colmena, que es la caja de caudales, la rica miel, ó sea el capital efectivo, que él mismo ha de saborear, cuando se asegure (si las cosas vienen bien) una existencia tranquila después de otra fatigosa y llena de penalidades.

Porque no hay que perder de vista los sufrimientos del dependiente de comercio, desde que en sus primeros pasos por detrás del mostrador tiene á su cargo la escoba y los zorros, para cuidar antes que de nada de la limpieza del establecimiento, hasta que llega á estar en situación de ser amo de tienda.

De chico se pasa la existencia barriendo la basura, sacudiendo el polvo, rociando el portal... y llegado á mayor edad no tiene mas espacio en que moverse, durante todo el día y mucha parte de la noche, que el reducido callejón del mostrador y allí siempre «entablarado», opera sobre los parroquianos, sin que el espíritu mercantil decaiga, luchando denodadamente con cada comprador que llega, para que la venta se haga, defendiendo céntimo por céntimo el precio más subido, elogiando hasta el exceso las mercancías que tiene á su cargo, hablando mas que muchos diputados, y discutiendo con mas fé que el mas testarudo polemista.

Si, la figura del hortera en su callejón de operaciones tiene un relieve extraordinario y no exajeró al decir que es hasta digna de ser cantada por los poetas.

Por lo pronto, al dependiente de comercio se le exige el sacrificio de

prescindir por completo de sus ideas y opiniones.

El no tiene más remedio que pensar durante el día segun vayan pensando los parroquianos.

Entra una señora y dice que el calor es muy molesto. Respuesta del hortera:

—¡El calor...! Yo no puedo resistirlo. En el verano siempre pierdo carnes. ¡Uf...!

Llega un caballero, afirmando que Sagasta es una persona decente del todo.

El arregla-estantes dice: —No me diga V. nada: el partido liberal es el único que entiendo esto: para mí es el más simpático.

Vuelve otro diciendo que con la monarquía iremos de mal en peor, y el hortera exclama al punto:

—Vengan esos cinco. Usted es de los míos.

Y así sucesivamente. El hortera no tiene la cara suya propia, sino la que los demás quieren que tenga: risueña si el parroquiano está de buen humor; triste si á aquel le acontece alguna desgracia; rebosando salud si el comprador está sano; de enfermo si á aquel le duele algo; pero siempre respondiendo en acorde perfecto á la nota y al tono dado por el que entra en la tienda.

Pero esto en cuanto á lo que se refiere á cosas extrañas al negocio. En lo que á este toca ya es diferente.

Entonces el hortera no tiene que irse hácia el comprador sino hacer que este se vaya á él.

—«El color de esta tela no me agrada,—dice una señora.

Contestación del comerciante:

—¿Cómo es eso, si no hay nada más nuevo, más bonito, más elegante...

O bien:

—Este objeto me parece caro...

Respuesta:

—Por Dios, señora, por ese precio es regalado. Y lo he rebajado á eso porque es usted... y ya sabe usted como la tratamos nosotros.

—Bueno, pues doy... tanto.

—No, «me» cuesta más y ya se lo he dejado en lo último aunque «pierdo» dinero.

Y así, sin que al hortera le cueste nada, ni nada pierda allí ha de estar en su trinchera, rey de todos los géneros de la anaquelaría, con la vara de medir por cetro, riñendo una batalla con cada uno de los que llegan á comprar, haciéndoles ver lo blanco negro, trayendo á todo el mundo á su opinión y por resultado de todo haciendo que la gente se lleve los objetos de los escaparates y se deje los cuartos en el cajón.

Que es la empresa más provechosa que puede idearse.

Y que realizan con mejor éxito que en ninguna otra parte en EL BAZAR MURCIANO.

Pero no por el esfuerzo de su amable dueño y simpáticos dependientes.

Sino... porque aquellos géneros se venden solos.

M. Perni Garcia.



## ¡Boca abajo todo el mundo!

—Tilín.

—¿Se puede pasar?

—¿Quién es V., caballero?

—Pues el metal más hermoso que en el mundo conocieron.

Yo oscureciendo la plata y brillando por derecho propio, como senador

que le ha encanecido el pelo conseguí ya que la plata desaparezca de enmedio,

y el que se quiera lucir presentando un buen cubierto

tendrá que buscarme á mí,

comprarme por poco precio...

—Y me quiere V. decir...

¿quién es V. caballero?

—Ya lo dije: *El vencedor de la plata*, lo más nuevo;

y solo por dos pesetas compra cualquiera cubierto

y consigue una ventaja,

que á la baratura agrego el que mis cubiertos use

puede llegar á ser viejo,

que es esta otra cualidad recomendable que tengo.

—¿Dónde le puedo encontrar?

—Pues hombre, parece meno.

¿No sabe el «Bazar Murciano»? Allí, donde está lo bueno.

Carmelo Bermudez Vasquez. Madrid.

## Observaciones Meteorológicas

DE LOS DIAS DE FEIA

Temperatura al aire libre, muy calurosa, lo menos de 40 grados.

Id. dentro del BAZAR MURCIANO; agradabilísima por lo fresco del local.

Presion: en estos días ejercen mucha los dependientes sobre los parroquianos para que no se vayan sin comprar.

Estado del cielo: nuboso, pero aun cuando llueva á cántaros, dentro del BAZAR MURCIANO no semeja nadie.

Dirección del viento: desde los bolsillos del comprador al cajón de los cuartos.



### ¿V. fuma?

Pues sepa usted que la última novedad para encender los cigarros,

por su comodidad y por la economía y seguridad que ofrece es el

### BRIQUET Mausser

Mechero elegantísimo

QUE SE VENDE Á

5 REALES

En el Bazar Murciano



## CHOCOLATE

Es una cosa evidente, y el gusto más exigente no podrá ponerle trabas, el CHOCOLATE EXCELENTE marca de LAS CALATRAVAS.

Le dan á usted un paquete, que sale de rechupete, con VEINTE TAZAS cabales desde CUATRO hasta OCHO REALES para ofrecer un banquete.

## Agua de Colonia

La marca Warden's en frascos de un cuarto de litro, de medio y de litro, á 8, 12 y 20 reales.

Y la Imperial de Vidot en frascos especiales, 10 y 14 reales.

Tan rica, que con dos gotas que eche V. en el chaquet, hasta el que esté constipado dirá: ¡Qué bien huele usted!

## MÁQUINAS

Los cigarros no se hacen como siempre con la mano

que se hacen con unas máquinas que vende el Bazar Murciano.

Son elegantes, vistosas, y sencillas y especiales...

—¿Costarán mucho dinero?

—No señor valen ¡¡dos reales!!

## SECCION AMENA

### A la Señorita...

Tú eres la rosa yo el alelí, tú no me quieres como yo á ti.

Yo te persigo de noche y día, con una negra melancolía,

y tú te muestras indiferente viendo mi grande pasión ardiente.

Yo de tu reja junto á los hierros paso bastantes noches de perros,

y sin prestarme nunca atención tú estás durmiendo como un lirón.

¿Qué es lo que quieres, sultana mía, que así me tienes de noche y día?

¿Quieres más mimos que te hago yo para quererte?

—No es eso, no.

—¿Y si de Blazquez te compro á ti varios regalos?

—Entonces sí.

Perecito.

### Dichos

En un juicio oral.

EL DEFENSOR —Y señores pido que se absuelva á mi defendido del delito de robo, porque los objetos robados eran del Bazar Murciano y necesariamente al verlos el procesado no tuvo mas remedio que sentir deseos vivísimos de llevárselos y obró por tanto con arrebató y obcecación...

—Bueno, absuelto.

Examen de historia:

—¿Quién fundó á Roma.

—Rómulo.

—¿Conoce V. alguna otra fundación que pueda compararse con la de la gran ciudad?

—Si señor, la del Bazar Murciano fundado por Ricardo Blazquez, en Murcia, calle de la Platería número...

—Basta, basta... Sobresaliente.

### CHARADA

La «tercera» con «primera» es un queso que yo vendo que no es de Gruyer, de plato ni tampoco del manchego.

El que yo digo es redondo, y lo hay medio duro y tierno y es colorado por fuera

y algo amarillo por dentro. La «primera» y la «segunda» sale del volcan hirviendo

y lo hace la lavandera con jabon que yo no tengo, porque el que yo vendo, tiene unos perfumes muy buenos.

«Tercia-tercera» será el que teniendo dinero no se venga á este Bazar á comprar del «todo» un juego

para lavarse en su casa en verano y en invierno.

Imp. de «El Diario».